

Cuando juntando todos estos rasgos, el entendimiento forma un solo cuadro, ¿se puede preguntar si falta algo esencial á la parodia satánica de Jehová, Dios legislador, oráculo y guardian de la religion y de la sociedad en Israel?

Réstanos probar, que la misma parodia se encuentra en el orden político.

siam propagarent. Orat. R. P. M. Christof. Sanctolit, Bugrad Patr, Couc. Trid. apud Labbe., Collect. t. XIV, 1061

CAPITULO XXVIII.

HISTORIA POLÍTICA DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—Dos religiones, dos sociedades, por consiguiente dos políticas.— Objeto de la una y de la otra.—Necesidad de conocerlo para comprender la historia.—En virtud de un consejo divino, Jerusalem es la capital de la Ciudad del bien.—En virtud de un conciliábulo satánico, Babilonia y Roma son sucesivamente la capital de la ciudad del mal.—Doctrina luminosa del célebre cardenal Polo en el Concilio de Trento.—Por qué los reinos del mundo fueron mostrados á Daniel bajo las figuras de Béstias.—En particular, Roma fundada por la Béstia eleva los caracteres de la Béstia y hace las obras de la Béstia, testimonios de la historia y de Minucio Félix.—Durante toda la antigüedad, Satanás tuvo por único objeto de su política llevar á Roma, hacer de ella su capital y una fortaleza inexpugnable para el Cristianismo.—Cuadro de su política y de la divina: pasaje de San Agustín.—En qué sentido pudo Satanás decir, que todos los reinos le pertenecian.—Doctrina de San Agustín.—Observaciones.

El paralelismo religioso y social, cuyos principales rasgos acabamos de bosquejar, se manifiesta en el orden político: no podia ser de otro modo. La política es la ciencia del gobierno. Gobernar es conducir los pueblos á un fin determinado. Este fin no puede ser conocido sino por la religion; atento que solo la religion puede decirle al hombre para qué está sobre la tierra. Dos religiones opuestas se dividen el mundo, la religion del Verbo encarnado, y la religion de Satanás, su implacable enemigo. Hay, pues, por necesidad dos políticas, contrarias entre sí en su punto de partida y en su objeto; y no hay más que dos. Jesucristo, Rey; ó Satanás, rey. Jesucristo Rey de los reyes y de los

pueblos, Jesucristo Rey en el orden temporal, así como en el espiritual. La CRISTOCRACIA ó la DEMOCRACIA; ved ahí el objeto supremo de las dos políticas que gobiernan el mundo y lo conducen á dos tan diferentes eternidades. (1)

De aquí resulta, que la vida del linage humano no es más que una perpétua oscilacion entre estos dos polos opuestos. No solamente este hecho domina la historia; sino que es la historia misma, del pasado, del presente, y de lo porvenir. Este es el punto de vista en que hay que colocarse, para juzgar los acontecimientos realizados ó por realizar, para pesar las esperanzas y los temores, para caracterizar la revoluciones y darse cuenta de la caída ó la elevacion de los imperios. Sin esto nadie puede, y hoy menos que nunca, entre el choque de las ideas y la confusion de los sucesos orientar su pensamiento y evitar el escollo del escepticismo ó el abismo de la desesperacion. Si se quiere que el gran hecho de que hablamos, sea un faro bastante luminoso para que nos ilumine en medio de las tinieblas cada vez mas espesas, en que se unde la Europa actual, es necesario mostrarlo en su conjunto: esto es lo que vamos á emprender.

Antes de que exista el hombre, antes de que comience el tiempo, un consejo divino decreta la fundacion de la Ciudad del bien. El Espíritu de amor será su Rey, su alma y su vida. Encontrándose al principio en el estado de fami-

1. La *Cristocracia* ó la *Democracia* sin los dos únicos gobiernos del mundo. Nuestro Señor Jesucristo reinando sobre los imperios por el Papa, su Vicario; un Emperador, diácono del Papa; y los reyes, subdiáconos del emperador: tal es la verdadera idea del poder. Al fin de los tiempos el mundo culpable de lesa *Cristocracia*, se verá sometido á la *Democracia*. Satanás tendrá su emperador, que será el Anticristo; y el Anticristo tendrá sus diáconos, que serán los reyes. Llegado el mal á su última fórmula, llamará el castigo final.

lia, vivirá con la vida modesta de los Patriarcas, bajo la movible tienda del desierto. Por ministerio de los ángeles y de Moisés el Espíritu Santo la constituye despues en el estado de nacion. Toda nacion necesita una capital: la capital de la Ciudad del bien se llamará Jerusalem, ó "Vision de paz." Allí, en efecto, y solamente allí reinará la paz; porque allí y solamente allí estará el templo del verdadero Dios.

Pero Jerusalem pertenece todavía á la Ciudad del mal: es preciso conquistarla. Sion, su ciudadela, cae por fin en poder de David; el imperio está fundado. Desde ese momento Jerusalem es la ciudad santa, objeto de la predileccion del Espíritu Santo. De ella es de donde parte la vida y de donde se irradia la luz (1). Hacia ella deben elevar sus corazones y sus manos todos los hijos de Dios, repartidos en los cuatro extremos del mundo. Jerusalem es á la Ciudad del bien lo que el corazon al cuerpo, el foco á los rayos ó el manantial al rio.

Satanás mira lo que Dios hace y entra en consejo. Reuniendo á todos sus súbditos en concilio ecuménico, decreta la fundacion material de su imperio y de su capital. Véase con qué magnífico lenguaje un Padre de otro Concilio Ecuménico describe el de Satanás: "Una palabra se ha oido en las llanuras de Senaar; es la que convoca á todos los hijos de los hombres en asamblea general. El hermano la repite á su hermano, el vecino á su vecino. Esta palabra decia: "Venid, hagámonos una ciudad y una torre, cuya cima toque en el cielo, antes de dispersarnos en la tierra."

"Tal fué el decreto del gran concilio satánico: Dios impidió su ejecucion, es verdad confundiendo las lenguas y lanzando los hijos de los hombres á los cuatro vientos; pero

1. De Sion exhibit lex, Verbum Domini de Jerusalem. Is. ix, 3.

mas bien la obra quedó paralizada que no el concilio disuelto (1). Efectivamente, hasta la efusion del Espíritu Santo el decreto de aquel concilio no quedó jamás abrogado en el pensamiento de los hombres. Lo que en el día de la convocacion decia cada cual á su vecino: "Venid, edifiquémonos una ciudad y hagámonos ilustres," todos los que no se han hecho hijos del Espíritu Santo continúan diciéndoselo á sí mismos y á los demás. Hé ahí el asunto de todas sus asambleas públicas y ocultas; y si se les presenta ocasion de ejecutar el gran decreto, jamás la desperdician.

"En virtud de ese decreto del concilio ecuménico de Satanás se han formado todos los reinos del mundo; "ex quo nata sunt omnia mundi regna." Para combatir victoriosamente á esta inmensa ciudad del mal, ha sido fundada por el Verbo la Ciudad del bien. En oposicion al concilio general de Satanás se han establecido los Concilios generales de la Iglesia. Y al modo que el Espíritu del mal inspiraba al primero, estos otros toman toda su fuerza de la convocacion, la presidencia, la inspiracion y las luces del Espíritu del bien. Y así como el primero tuvo por objeto organizar el ódio, el objeto de los segundos es organizar el amor (2)."

1. El mismo Dios manifiesta que su intervencion no impedirá á Satanás y sus súbditos edificar la Ciudad del mal. Al confundir el lenguaje de los hombres, pronuncia estas palabras: *Caeperuntque hoc facere, nec desistent á cogitationibus suis, donec eus opere compleant. Gen. xi, 6.*

2. An unquam convenit universum hominum genus, in unum locum ad concilium vocatum? . . . Responsio: sic prorsus Convenierunt enim in campum in terra Senaar, etc. . . hoc enim fuit de crotum illius concilii, quod Deus una cum ipso concilio dissipavit. . . quanquam Deus quidem tum opus eorum magis dissipavit, quam consillium. Licet enim propter confusionem linguarum ab opere destiterint, illius tamen concilii decretum in animis hominum ante effusionem Spiritus sancti numquam est abrogatum. Quod enim tunc dicebant unusquisque proximo suo.

Todos los reinos del gentilismo nacieron del concilio satánico, tenido al pié de la torre de Babel, "ex quo nata sunt omnia mundi regna." Todos se fundaron en oposicion al reino de Cristo, "quibus regnum Christi se opposuit eaque delevit." Esta palabra alumbrá toda la historia. Eco fiel de una revelacion profética, es indiscutible.

El convocador y presidente del concilio de Babel fué el que la Escritura llama la Béstia, la béstia por antonomasia. Mil años despues, Daniel es arrebatado en espíritu. En las cuatro grandes monarquias de los Asirios, Persas, Griegos y Romanos, Dios le hace ver todos los reinos del mundo. ¿Bajo qué figuras? ¿De hombres? No. ¿De ángeles? No. Bajo las figuras de béstias. ¿Y de qué béstias? De béstias inmundas y dañinas. ¿Por qué bajo estas figuras y no otras? Porque todos esos imperios son obra de la Béstia: llevan su carácter y hacen sus obras. Ved el último en que todos los otros se personifican: "La cuarta Béstia, dice el profeta, es el cuarto reino que habrá en el mundo, será mayor que todos los otros; devorará toda la tierra, y la conculcará y la hará polvo (1)."

Lo hemos visto. Roma fué fundada por el mismo Satanás; Roma pagana no cesó de hacer las obras de Satanás.

Venite, celebremus uonem uostrum etc., hoc unusquisque adhuc ex Spiritu sancto nou renatus, et sibi ipse et aliis dicit in omnibus conciliis, nactusqui hujus decreti observandi facultatem numquam id quidem non exequitur.

Est enim decretum universi generis humani, ex quo nata sunt omnia mundi regna, quibus regnum Christi se opposuit eaque evertit, atque ob hanc causam instituta sunt concilia generalia Ecclesiae Christi, ut huc ipsa gentium concilia disturbarentur: *Card Poli. De Concilio. quaest. x, Orat. ad Patres Trid; apud Labbe. t. XIV, p. 1676.*

1. Quarta bestia quartum regnum erit in terra, quod majus erit omnibus regnis, et devorabit universam terram, et conculcabit et comminuet eam. *Dan., vii, 23.*

Literalmente devoró, pisoteó y quebrantó toda la tierra: robó á los hombres todos sus bienes; de patria, de familia, de propiedad, de religion; no como tantos otros conquistadores, por casualidad ó en un momento de furor, sino como premeditada deliberacion, por una série no interrumpida de pillajes y conquistas durante doce siglos. Las instituciones llevaban la marca de su origen, y su derecho no era sino la legislacion de sus crímenes. A contar desde el Renacimiento, la Roma pagana no ha sido conocida sino al través de las ficciones de los poetas, historiadores y legistas del paganismo. Cuando la gran bestia vivia aún, y la civilizacion que ella inspiraba, estaba en ejercicio y no en la memoria, una y otra fueron juzgadas por jueces, que á la vez eran testigos incorruptibles de la verdad.

Escuchemos este juicio, que data del siglo tercero: "Decís que los romanos se granjearon menos gloria por su valor, que por su religion. ¡Ah, ciertamente! Nos han dejado grandes pruebas de su religion y piedad desde el principio de su imperio. ¿No fué el crimen lo que los congregó y los hizo terribles para los pueblos circunvecinos y les sirvió de baluarte para establecer su dominacion? Pues al principio, esto no era sino un asilo de ladrones, traidores, asesinos y sacrílegos; y para que el que entre ellos era el mayor, fuera tambien el más criminal, mató á su hermano. Ved ahí los primeros pasos de esta ciudad santa.

Despues, contra todo derecho de gentes roban las jóvenes ya prometidas, desposadas y alguna hasta casada, y las deshonoran, y luego hacen la guerra á los padres de ellas, á los mismos con cuyas hijas se habian ellos casado, y derraman la sangre de sus aliados. ¡Qué impiedad! ¡Qué audacia! En fin, arrojar á sus vecinos, pillar sus templos y altares, destruírles las ciudades, llevárselos cautivos, en-

grandecerse con las rapiñas y la ruina de los demas, esa es la doctrina de Rómulo y de sus sucesores, hasta el punto de que todo lo que tienen, todo lo que poseen es pillaje.

"No levantaron sus templos sino con los despojos de los pueblos, con el saqueo de las ciudades, con los restos de los altares, el robo de los dioses y el asesinato de los sacerdotes. ¡Qué impiedad y qué profanacion arrodillarse delante de los dioses, que traen cautivos en triunfo! Adorar lo que se ha robado, ¿no es consagrar en latrocinio? Las victorias que consiguieron marcan el número de los crímenes cometidos, y los trofeos que tomaron, fueron otros tantos sacrílegos. No por su religion, sino por su impiedad, llegaron á la cumbre de su esplendor; no por haber sido piadosos, sino por haber sido impunemente malvados (1)."

Hé ahí la última palabra de la historia política del mundo y la revelacion luminosa de ese antagonismo temible, que Bossuet no vió suficientemente. Los hombres salvados milagrosamente de las aguas del Diluvio, vuelven á sus inclinaciones desordenadas. Dios escoge para Sí un pueblo, que sea el depositario de la verdad, y permite al demonio que escoja otro, que será el enemigo de la verdad, exterminador de los santos, propagador del panteísmo y de la idolatría. Es el pueblo romano, congregado en el asilo de Rómulo, y que fué tan fiel, por lo menos, á su mision, como Israel á la suya.

Engrandecer á Roma fué, por toda la antigüedad el pensamiento de Satanás y el fin invariable de política. Sin embargo, Roma y Jerusalem no se hicieron las capitales de las dos ciudades contrarias, sino lentamente y despues de muchos combates. Estos combates resumen la historia. Ella nos muestra los reinos del Oriente, cayendo unos tras

1. *Minut. Felix.*, c. xxiv.

otros bajo el imperio del demonio. Para reunirlos en un solo cuerpo, se fundó la grande, la voluptuosa, la terrible Babilonia. Por sus leyes, por su lujo, por sus riquezas, por su crueldad, por su monstruosa idolatría, la Jerusalem de Satanás se hace la rival implacable y la parodia sangrienta de la Jerusalem del verdadero Dios. El mundo marcha sobre dos líneas paralelas.

"A los fundadores de la Ciudad de Dios, dice San Agustín, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Sansón, David y Salomón, corresponden Nino, Semíramis, Faraón, Cécrope, Rómulo, Nabucodonosor y los Príncipes de los Asirios, Persas, Griegos y Romanos. Los fundadores de la Ciudad del bien notifican las leyes de Jehová, las ceremonias que prescribe, los sacrificios que exige, la prohibición de la idolatría. A conservar y extender la Ciudad del bien se ordena todo el uso que hacen de su poder. Paralelamente, los fundadores de la Ciudad del mal publican los oráculos de Satanás, ordenan los sacrificios, hacen populares las fábulas, remedan las verdades divinas y hacen así servir su poder al desarrollo de la Ciudad del mal (1)."

Andando los siglos, extiende sus confines hasta los últimos límites de Occidente. Este inmenso imperio reclama una nueva capital: Roma, sucede á Babilonia. Roma, señora del mundo, viene á ser la metrópoli de la idolatría y la ciudadela de Satanás. "Así, continúa San Agustín, dos reinos absorbieron á todos los reinos, el de los Asirios y el de los Romanos. Todos los demás no han sido sino provincias ó anejos de estos imperios gigantescos. Cuando el uno acaba, el otro comienza. Babilonia fué la Roma del Oriente, y Roma fué la Babilonia del Occidente y de todo el mundo (2)."

1. *De civ Dei*. lib. XVIII, c. n et seq., *quoad sensum*.

2. Duo regna cernibus longe caeteris provenisse clariora, Assy-

Jerusalén, Babilonia y Roma, estos tres nombres comprendían toda la historia de las dos ciudades en el mundo antiguo, y son el preámbulo obligado de su historia en el mundo moderno.

Roma, victoriosa de todas las naciones, llega al apogeo de su poder. Satanás eleva su orgullo hasta las nubes. Entonces es, cuando, sin conocerlo, se encuentra con el Verbo encarnado, que ha bajado del cielo para echar por tierra su imperio. Por uno de esos prestigios, cuyo secreto le es familiar, lo trasporta á la cima de una montaña. Desde allí, le muestra todos los reinos de la tierra y le hace la extraña proposición, que se refiere en el Evangelio: "Te doy, le dice, esta soberanía universal y la gloria de todos estos imperios; porque todo esto me pertenece y lo doy á quien quiere. Si pues te postras delante de mí, todo esto es tuyo (1)."

Para creer en semejante poder, si no tuviéramos otra prueba que la afirmación del padre de la mentira, la duda sería seguramente lícita y más que lícita. Pero cesa de serlo, á lo menos por completo, cuando se ve que el Evangelio llama á Satanás *el Dios y el príncipe de este mundo* (2).

Por su parte, la historia, no estudiada por encima, nos ha hecho ver en la orgullosa palabra del tentador un fondo de verdad mucho más considerable de lo que se piensa. *El riorum primum, deinde Romanorum... quo modo illud prius, hoc posterius; eo modo illud in Oriente, hoc in Occidente surrexit: denique in illis fine, hujus initium fuit. Regna caetera, caeterosque reges velut appendices, istorum dixerim... ut apareat Babilonia quasi prima Roma, Ibid., n. 1 et 2.*

1. Ostendit illi omnia regna orbis terrae in momento temporis, et ait illi: Tibi do potestatem hanc universam et gloriam illorum; quia mihi tradita sunt, et cui volo do illa. Tu ergo si adoraveris coram me, erunt tua omnia. *Luc.*, IV, 5, 6, 7.

2. Deus hujus seculi *II Cor.*, IV, 4.—Princeps hujus mundi, *Joan.*, XVI, II.

género humano se ha presentado á nuestro estudio desde sus dos grandes puntos de vista, el religioso y el social.

Hemos visto, que en la antigüedad pagana Satanás era verdaderamente el dios del mundo: *Omnes dii gentium daemonia*. Todos los cultos, excepto uno solo, venian de él y se encaminaban á él. Su realeza no era para el mundo ménos real que su divinidad. Inspirador permanente de los oráculos, dominaban por medio de ellos los actos de la vida social. Todos los reinos del antiguo mundo con su poder colosal y sus fabulosas riquezas, esas repúblicas de Grecia y de Italia, que una educacion mentirosa propone á la admiracion de los jóvenes cristianos, un padre del Concilio Tridentino nos lo acaba de decir, Satanás mismo fué quien decretó su fundacion: "Decretum ex quo nata sunt omnia mundi regna;" y su existencia fué una oposicion armada contra la Ciudad del bien, "quibus regnum Christi se opposuit eaque delevit."

¿Pero qué? ¿Acaso habia Dios abdicado? ¿No es El, y solo El, el fundador de los imperios, como es el criador de los hombres y del mundo? San Agustin responde: "Seguramente, al verdadero Dios y solo á El, le pertenece la potestad de dar los reinos y los imperios. Y solo el verdadero Dios es quien dió el imperio á los Romanos cuando y como quiso, conforme ántes lo habia dado á los Asirios y á los Persas (1).

En prueba de su asercion añade: "Para saber, que todos los bienes temporales, de que tan ávidos se muestran los hombres, son un beneficio del Dios verdadero y no obra de los demonios, basta considerar al pueblo hebreo. Sin invo-

1. Quae cum ita sint, non tribuamus dandi regni atque imperii potestatem, nisi Deo vero. . . Ille igitur unus verus Deus, quando voluit Romanis regnum dedit qui dedit Assyriis vel etiam Persis, *De civ. Dei* lib. V, c. XXI.

car á la diosa Lucina, las mujeres hebreas daban felizmente á luz numerosos hijos. Estos tomaban el pecho de sus madres sin intervencion de la diosa Rumina: dormian muy bien en la cuna, sin la diosa Cunina: comian y bebian, sin las diosas Educa y Patina, crecian, en fin, sin adorar á ninguno de todos esos dioses de los niños. Los huertos eran fértiles sin el culto de Priapo. Sin invocar á Neptuno, la mar se abria delante de ellos y devoraba á sus enemigos. Cuando el maná les vino del cielo, no consagraron ninguna estatua á la diosa Mannia; y cuando una roca refrigeró la sed que padecian, no adoraron á las ninfas ni á las linfas.

"Sin los crueles sacrificios de Marte y de Belona, hicieron la guerra. Seguramente no vencieron sin la victoria; pero no consideraron la victoria como una diosa, sino como un beneficio de Dios. Sin segeta, tuvieron mieces; sin Bubona, bueyes; sin Melona, miel; y sin Pomona, frutas. Así, todas las cosas que los paganos atribuian á sus divinidades, los Judíos las recibieron más felizmente del verdadero Dios. Y si arrastrados por una curiosidad culpable, no le hubieran ofendido entregándose al culto de los ídolos y haciendo morir á Cristo, permanecerian en el reino de sus padres, ménos extenso sin duda, pero más feliz por los otros (1)."

Sin embargo, el ilustre doctor llama á Caín el primer fundador de la Ciudad del mal, y á Rómulo, el primer fundador de Roma, su futura capital (2) ¿Qué misterio es este? ¿Y cómo se armonizan con los hechos de la historia las palabras, aparentemente contrarias, de los doctores de la Iglesia, del demonio y del Evangelio? Véamoslo. Dios crió á

1. *De Civ. Dei* lib. IV, c. XXXIV.

2. Primus itaque fuit terrenae civitatis conditor fraticida. . . Unde mirandum non est, quod tanto post in ne civitate condenda quae fuerat hujus terrenae civitatis caput futura. . . huic primo exemplo et quaedam sui generis imago respondit. *Id.*, lib. XV, cap. V.

todos los fundadores de la Ciudad satánica; pero no los crió para este fin: dió á Nabuco la Asiria, á Rómulo el imperio romano, el dominio del mundo; pero no les dió la mision de hacer malos estos imperios.

¿Qué sucedió pues? Como el padre del linaje humano, estos hombres se dejaron dominar por Satanás, que hizo de ellos los fundadores de su imperio y de sus capitales. A sabiendas ó sin saberlo, todos trabajaron para él. En este sentido pudo decir el tentador: Todos los reinos de la tierra me han sido dados y puedo disponer de ellos, como el artífice dispone de su obra y el amo dispone de sus esclavos. Esto es lo que hay de verdad en las palabras de Satanás y los nombres de "Dios y Príncipe de este mundo, que el Evangelio no vacila en darle.

Mas no por eso Dios habia abdicado. No obstante todo eso, la Ciudad del mal con sus grandes monarquías de Asirios, Persas, Griegos y Romanos fué un instrumento de la Providencia para la realizacion de sus designios saludables. De este modo el rey de la Ciudad del bien se sirvió de los Asirios, para mantener á su pueblo en el cumplimiento del deber; de los Persas, para volverlo á la Judea y conservar la necesaria distincion de las tribus; de los Griegos, para preparar los caminos del Evangelio; de los Romanos, para cumplir del modo más brillante las profecías relativas al nacimiento del Redentor. Pero todo esto se hacia contra la intencion del fundador, "præterintentionem fundatoris," y por virtud de la sabiduría omnipotente, que cambia los obstáculos en medios sin alterar la naturaleza de las cosas.

Resulta, sin embargo, que Satanás, merced á la compli- cidad del hombre, su juguete y su esclavo, habia conseguido el objeto de su política. Desde aquel concilio de Babel, en que se decretó la fundacion de la Ciudad del mal, vemos

que se vá desarrollando. A la venida del Mesías, se encuentra en su apogeo. Todos los imperios son tributarios de ella. Vemos tambien, que la última palabra de Satanás era hacer de Roma su capital. La absorcion sucesiva de los reinos de Oriente y Occidente, los unos por los otros, la absorcion final de todos estos reinos por Roma, atestiguan ese plan satánico y prueban su triunfo supremo.

No aciertan los que han dicho, que á mezclar los pueblos y prepararlos á la difusion del Evangelio contribuia el hecho de aglomerarlos Satanás bajo el cetro de Roma. Al formar su gigantesco imperio, queria él dominar solo en el mundo, aniquilar la Ciudad del bien, ó por lo ménos oponer un obstáculo invencible á su desarrollo. Dios le dejó formar el imperio romano, para que fuera humanamente imposible el establecimiento de la Iglesia. Para conquistar la fé del linaje humano, era menester que la Ciudad naciente, luchando desde la cuna con todas las fuerzas del infierno, elevadas á su más alta potencia, creciera contra toda verosimilitud, y se hiciera á la vista del universo mundo el milagro vivo de una sabiduría, que se burlaba del Fuerte armado, y que triunfaba por los medios que deberian acarrearle su ruina, la muerte y los suplicios (1).

1. Un instante de reflexion basta para comprender esta verdad. Si en la época de la predicacion del Evangelio, el mundo hubiera estado dividido en varios reinos independientes, las persecuciones generales, es decir, esas matanzas en masa, capaces de ahogar á la Iglesia en su cuna, habrian sido imposibles. Los apóstoles, perseguidos en un lugar, habrian podido pasarse á otro segun el consejo del divino maestro, y con ellos se hubiera podido salvar una parte del rebaño. Por el contrario, reunid el mundo bajo un solo jefe, y basta la mala voluntad de un Neron ó de un Diocleciano para organizar la carnicería en toda la haz de la tierra y construir á la Iglesia en la imposibilidad de sustraerse á ella.